

• Entremes •

Marcelino Legido y la filosofía española

• **Carlos Díaz** •

Introito

Fue en Salamanca donde conocí a la persona que, sin ningún género de dudas, más iba a influir en mi vida, *Marcelino Legido*, laico entonces aún no ordenado sacerdote, aunque ya lo rumiaba, y que a todos nos maravillaba por su claridad, su rigor y su dedicación sin reservas a la enseñanza de la filosofía, lo que pude comprobar mientras cursaba mi segundo año con él en la dorada Universidad de Salamanca. Efectivamente, aquel hombre era diferente al resto de la humanidad. Tenías que verle quererte irrepitiblemente e incondicionalmente. No tenía nada suyo, como no fuera la sonrisa y los brazos abiertos. Había hecho una preciosa tesis doctoral sobre el demiurgo en Platón y venía de los estudios helenísticos, aunque hacia donde iba sólo Dios lo sabía y los demás nos fuimos enterando poco a poco. Residía entonces en aquella residencia con hermosas vistas sobre el río Tormes en la recoleta calle Gibraltar situada detrás de la catedral vieja y regida por los *Avelinos*, hoy desaparecidos del mapa. Fue por el influjo de Marcelino por lo que salté desde Salamanca a la universidad Complutense de Madrid –la “Universidad central por aquel entonces– junto con otros tres compañeros también vocacionados por el maestro Marcelino, que presumía de esta su primera promesa de cosecha, para estudiar la especialidad de filosofía pura, entonces inexistente en la propia universidad salmantina.

Marcelino, que como luego diremos más detalladamente fue un gran maestro de filosofía en la Universidad de Salamanca, y que no obtuvo la cátedra de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid por la indecencia del tribunal de turno, jamás volvió a la filosofía y tras de ello quemó absolutamente las naves una vez que, ordenado sacerdote como si en ello

le fuera la vida (“cada misa tiene un valor infinito” aseguraba), partió hacia Alemania con una beca de la Fundación Oriol-Urquijo para dedicarse exclusivamente a la elaboración de su segunda tesis doctoral, la primera filosófica sobre el Demiurgo en Platón y esta segunda teológica sobre la Iglesia en san Pablo. Bueno, exclusivamente no, más bien inclusivamente, pues en Munich compartía su estudio y su vida con entera dedicación a los emigrantes obreros españoles que trabajaban en la *Bundesbahn*, los ferrocarriles alemanes. En ninguna de sus decisiones, dolorosas o no, volvió este voluntarioso abulense la vista atrás, viniendo de tal modo a ser un poco como los *Panzer* de fabricación alemana; tozudo, para qué negarlo, lo era más que un baturro. Así que Marcelino dejó sus libros de filosofía a un profesor salmantino que de algún modo trató de suplirle, Cirilo Flórez, y como los hijos de la mar puso rumbo a *Okéanos* adentrándose con la frágil barquilla de su cuerpo –franciscanamente desnudo– en la grande e ignota aventura sin retorno. Y fue de este modo como se echó a caminar sobre el bravo oleaje y el viento recio con la fortaleza que faltó de algún modo al primer papa, Pedro.

Ahora bien, ¿qué hubiera sucedido si Marcelino hubiese utilizado su monumental bagaje filosófico para conferir a su fe teológica *razonable* una profundidad más reflexiva, más universal, más *racional*? Los que nacimos después de la bárbara guerra “civil” española (en mi caso, en 1944) no lo tuvimos demasiado fácil para filosofar, pues después de aquella masacre los intelectuales católicos emergentes o emergidos padecieron también el influjo del *nacionalcatolicismo*, del que luego renegaron contritamente algunos de los mejores y, tras de su examen de conciencia, por mero oportunismo, muchos de los peores. Por si fuera poco, aquellos que hubieran podido resultar verdaderamente buenos, entre ellos Marcelino Legido, también abandonaron el arado de la filosofía, cuyos terrones quedaron eventrados pero sin destripar, y a las pruebas nos remitimos: sin la cabeza filosófica de Marcelino, muy pocos supieron después encarar el necesario diálogo con la increencia, como sí lo hicieron excepcionalmente intelectuales de la talla de Juan Luis Ruiz de la Peña, que en realidad no era filósofo de profesión, y un puñadito más. Resultado de ello fue, sin ir más lejos, que los nuevos alevines de filósofos discípulos suyos nos quedamos sin referente; yo mismo, posiblemente el único en su estela, me sentí de algún modo abandonado por aquel Marcelino que, a modo de Capitán Araña, nos dejaba ayunos de su amado magisterio. Ciertamente su abandono de la filosofía representó un tremendo varapalo para el imprescindible diálogo de altura que hubiera debido llevarse a cabo tras la contienda entre creyentes e increyentes, casi tan imposible como el frustrado diálogo de Francisco de Asís con los “sarracenos”.

Algo tan necesario resultó misión imposible también en las filas de la nueva “izquierda atea” emergente que, a modo de izquierda hegeliana y dando codazos con su nueva jerga verborreica, reiteraba el mismo fundamentalismo dogmático de aquellos a los que pretendía relevar, pues se alimentaba ante todo de cualificadísima ignorancia teológica y de anticlericalismo patético sin haber estudiado ni una sola palabra de teología y menos aún de historia de las religiones. ¡Cuánto hubiera dado yo, presidente en su día de aquella nueva hornada de “filósofos jóvenes” y tan distante de los escolásticos como de las emergentes familias de marxistas, analíticos nihilistas y postcristianos, cuánto hubiera dado yo, repito, por tener cerca de mí a mi maestro Marcelino Legido! Pero no. En aquella España, que seguía siendo la de las dos Españas, infortunadamente los viejos santos demonizados fueron santificados demoniacamente y en un santiamén (que no fue el amén de los santos) elevados a los irredentos altares ateos. De cualquier modo aquellas prometedoras fiestas saturnales no dejaban de ser un auténtico *milagro ateo*, pues la ciencia infusa que ellos negaban a la teología era recuperada por los propios gallitos de su corral con toda pompa y esplendor en sus diferentes divertículos, ya fueran “filosofías de la perplejidad”, “filosofías de género”, “filosofías de marxismo ateo”, filosofías nihilistas “posmodernas”, todas ellas expeditas en el mismo mercadillo esnobista sin nobleza intelectual alguna.⁸⁴ En suma, los sedicentes “filósofos españoles” vivieron de espaldas a la sabiduría de lo divino, o peor aún contra ella, malhadado eterno retorno de lo idéntico quedando al final tan sólo la voz del beligerante profeta laicista irredento amigo del bombón *glasé*: a España no la iba a conocer ni la madre que la parió. Y cierra España, otro cierre gestáltico fallido. Ni los hunos ni los otros superaron a Atila.

Claro que también los rancios filósofos católicos españoles brillaban en la época de Marcelino por el rigor de sus cerriles conocimientos *antimodernos*, pues manejaban inmisericordemente las bulas de ortodoxia y defendían a capa y espada a pies juntillas el molinillo del tomismo recauchutado por el franquismo, incluidas las tesis del aquinate sobre los ángeles y su eventual micción, dejando de tal guisa para la posteridad una herencia tan funesta como irrecuperable, junto con el desprestigio intelectual casi absoluto de la misma Iglesia trabucaire que apostó por los oscurantismos más tristes, aunque obvia decir que incluso entre aquellos salvapatrias hubo excepciones importantes.⁸⁵ Desgraciadamente, el esperpento de la ortodoxia católica

84 Sobre lo esperpéntico de semejante situación, única en Europa, puede leerse el Prólogo de J.L. Ruiz de la Peña al libro de Carlos Díaz, *La última filosofía española. Una crisis críticamente expuesta* (Madrid, Ed. Cincel, 1985).

85 Mi libro *España canto y llanto. Historia del movimiento obrero con la Iglesia al fondo* (Madrid, ACC, 2005), aunque ignorado por todos, muestra el mismo panorama en lo relativo a la relación del mundo obrero con la jerarquía católica.

continúa rodando como si tal cosa por el mundo, como si aquí no hubiera pasado nada.

Sin Marcelino, la filosofía abierta al amor inteligente de Dios perdió a uno de aquellos paladines magníficos que hubieran actuado con fuerza voluntad y fe en nuestra santa causa como el sin par *Caballero inexistente* de Italo Calvino. Bien estuvo que Marcelino no hiciese teología “académica”, pero en mi opinión a los filósofos empeñados en dignificar noéticamente la fe nos hubiera hecho mucha falta su magisterio.⁸⁶ Claro que no se puede estar en todos los frentes para terminar como el desquiciado *Caballero de la armadura oxidada*.

Marcelino fue también mi *Caballero inexistente*, quien me recomendó visitar a la gente de *Zyx*, y así fue como a mi regreso de Alemania empecé a echar una mano en aquella editorial obrera católica fundada bajo la inspiración de Guillermo Rovirosal redactando incansablemente folletos mensuales de divulgación popular de trece y de veinte pesetas, los cuales me valieron la censura permanente y enconada del régimen, aunque con ellos aprendí a decir las cosas claras, al pan pan y al vino vino, y lo aprendí para siempre. En aquel inolvidable ambiente de *Zyx* fui identificándome cada vez más (desde el personalismo comunitario de Mounier) con el *anarquismo* que hubiera podido ilustrar en buena medida el compromiso social militante de los cristianos, algo que tampoco llegó a darse nunca.

Sea como fuere, desde Alemania, Marcelino, eterno meliorista, no me veía a mí tal y como yo era, sino tal y como yo mismo le insinuaba que era, pues yo le contaba de mí mismo medias verdades y algunas mentiras buscando su amorosa benevolencia que para mí tanto significaba, por lo cual casi estoy tentado a decir que cualquier parecido con la realidad en lo que él afirmaba

86 Desde el magisterio temprano pero luego remoto de Marcelino, nos hemos dedicado a ampliar el frío concepto de razón pura, a favor de una “racionalidad cálida”. Toda una vida tratando de compatibilizar Atenas con Jerusalén, y toda una vida tratando de hacerlo desgraciadamente casi en solitario, espero que nadie me acuse de presuntuoso al decirlo, al menos en España, aunque tampoco me mortificaría demasiado que me lo *desagradeciesen*, uno ya no está para esas cosas. Yo estoy contento razonablemente con mi esfuerzo, y asumo al propio tiempo sus serias deficiencias como no podía ser menos, hice lo que pude, corrí mi carrera. Ver: Carlos Díaz, *De la razón dialógica a la razón profética* (Ed. Madre Tierra, Mostoles, 1991); *Ilustración y religión* (Ed. Encuentro, Madrid, 1991); *En el jardín del Edén* (Ed. San Esteban, Salamanca, 1991); *Cuando la razón se hace palabra* (Mostoles, Ed. Madre Tierra, 1992); *El olimpo y la cruz* (Madrid, Ed. Caparrós, Madrid, 1993); *Entre Atenas y Jerusalén* (Madrid, Ed. Atenas, 1994); *Apología de la fe inteligente* (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1998); *Racionalidad empresarial y racionalidad eclesial* (Imdosoc, México, 1998); *Soy amado, luego existo. Vol. I: Yo y tú*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002); *El desafío intercultural* (Madrid, Ed. Mounier, 2003); *Decir el credo* (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 2005); *Una Iglesia que piensa* (México, Ed. Dos Mundos, 2005); *Filosofía de la razón cálida* (Córdoba, Argentina, Ed. Mounier, 2005); *El don de la razón cordial* (Barcelona, Ed. Clie, 2007); *Por un mundo mejor* (México, Ed. Proyección, 2008); *El camino espiritual de Francisco de Asís* (Madrid, Ed. Paulinas, 2008); *Razón cálida* (Madrid: Ed. Escolar y Mayo, 2010); *Del hay al doy* (Salamanca, Ed. San Esteban, 2013); *Ensanchar los horizontes de la razón (cinco ámbitos de diálogo transdisciplinar)* (Guatemala, Ed. Sinergia, 2018).

de mí (como se aprecia en la carta que reproducimos a continuación) resultaba mera coincidencia. De todos modos, Marcelino siempre te hacía creer que eras mejor de lo que eras, y a la postre daba un poco igual lo que le contaras. Bajo tal signo esta carta suya del trece de abril de 1970 escrita desde Bad Niedernau, que yo guardo como oro en paño contra mi costumbre de hacer limpieza permanente, deja bien claro lo que acabamos de decir. Hela aquí:

Llega el momento de vuestra boda. Parece que fue ayer cuando nos conocimos y ya hemos recorrido un largo trozo de camino juntos. Aquellos años imborrables de Salamanca, cuando nos encontramos, están presentes en nosotros. De verdad que la filosofía nos comprometía. Aprendíamos juntos, al tiempo que nacía la amistad. Cada año, al terminar el curso, me alegraba que cada uno siguiera su camino, el suyo. Pero cuando vosotros decidisteis ir a estudiar filosofía fue para mí una de las mayores alegrías de mi vida. *Haciendo la verdad en el amor*. Era la misma vocación compartida y prolongada. La pasión de descubrir la verdad para servir con ella, para servirla. Los seminarios aquellos... Cuando marchasteis de Salamanca tenía la firme esperanza de que iríais más lejos que yo. Hasta llegaba a pensar con ilusión que prestaríais un servicio serio al pensamiento español.

Pasaron los años y volvimos a encontrarnos en Munich. Habíamos cambiado mucho. La crisis histórica, el proceso de maduración interior nos habían hecho distintos. El seguimiento de Cristo entre los pobres me había llevado al sacerdocio. En medio de la pasión por la filosofía se me hizo más presente el Cristo crucificado y el pueblo oprimido, ignorante y pobre. Tú, siguiendo tu vocación filosófica, que yo tanto apreciaba, ibas camino de una cátedra universitaria. Tú tuviste que alentarme cuando me veías cansado y triste compartir el servicio a la emigración, criticar mis posturas poco sencillas, realistas y evangélicas. Y al tiempo llegó hasta ti la voz del pueblo que empezaba a comprometer tu vida. Las clases de alfabetización, la escuela social te fue enseñando que la filosofía si vale para algo es para hacerla, para hacer la verdad en el amor, para hacer el mundo nuevo y el hombre nuevo. Fernando y Luis, hermanos entrañables se hacían con nosotros una sola cosa. Mientras todos al tiempo íbamos descubriendo a Cristo, que estaba en medio de nosotros, con la fuerza poderosa de su Amor.

Aquel encuentro nos marcó a todos, nos encaminó por el mismo camino del servicio. Allí en Munich nació una pequeña fraternidad, que nunca debe romperse. Vosotros os fuisteis a España. Pero estad seguros de que

desde aquí os acompañamos, abriendo el camino. La esperanza de poder compartir juntos pronto el servicio del pueblo es lo que me alienta en las largas horas de trabajo y en la lucha de la emigración. Es en una fraternidad compartida donde podemos servir y luchar más, al servicio de los más pobres, hasta dar la vida por ellos. Estos primeros tanteos llenos de incertidumbre y de riesgo queremos sufrirlos en la propia carne. Vuestra lucha, vuestra soledad, vuestro cansancio, vuestra fortaleza son nuestras. Son los primeros pasos de un camino, que sabemos bien a dónde va. El rechazo de la cátedra, porque no se hacía filosofía verdadera, los folletos que no se pueden publicar, las horas interminables de trabajo para dar conferencias o escribir al servicio del pueblo, la incompreensión de los que más nos aman, todo esto es de todos, si es que queremos caminar con “el mismo corazón y la misma alma”. Pablo decía: “Si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. Porque vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros unos de otros”.

Por eso vuestro matrimonio nace en medio del pueblo y de nuestra fraternidad. También aquí el camino nos impone los primeros sufrimientos. Vosotros no tenéis alforja ni cayado. Nosotros no podemos estar al lado vuestro. Ser obrero y pobre es una cosa tan sencilla como esta. Pero en esta misma renuncia nace una capacidad de comunión mucho más profunda. No os sintáis solos, porque no lo estáis... Un matrimonio en el pueblo, que quiere ser fiel a Cristo y a los pobres, conviene que empiece vendiéndolo todo. La capacidad de solidaridad más profunda es la del ser, no la del tener. El matrimonio es una entrega de amor. Amar es compartir. Dar y acoger. Dar todo lo que uno tiene y es. Acoger todo lo que el otro tiene y es. Hasta la entraña personal. Compartirse hasta el fondo de la libertad. “Ya no sois dos, sino uno solo”, decía Jesús. Es cierto que nunca podréis con-fundiros, porque el amor siempre exige la alteridad. Pero camináis hacia la unidad. Cada día, cada lucha, cada fallo, cada esperanza. Todo vale para el amor, todo puede cambiarse en unidad. Pero si vais a ser uno no es para aumentar el egoísmo personal en el familiar, sino para potenciar la entrega y el servicio al pueblo de los pobres en y con vuestros hijos. Amar es morir. “Nadie tiene más amor a un amigo, que el que da la vida por él”. Dar la vida es ponerse a servir. El servicio gasta y desgasta. Obliga a perder la vida. Tendréis que amaros y amar hasta la muerte. La muerte, no como el testimonio que sorprende vuestro camino, sino como última exigencia del amor. La entrega a vuestros hijos y al pueblo, vivida con la lucidez y la valentía del amor último, no tiene otro paso. “Si el grano de

trigo no cae en la tierra y muere queda solo, pero si cae y muere da mucho fruto”. El amor no es otra cosa que un juego del todo y la nada, de la vida y la muerte. Morir para dar vida. A vuestro lado nacerán vuestros hijos. En la mesa, donde partáis el pan de vuestro sacrificio, “crecerán como retoños de olivo”. Pero vuestra mesa será más grande. Habéis nacido del pueblo y al pueblo os debéis. ¿Quiénes son vuestros hijos? ¿Quiénes son vuestros hermanos? En la medida en que desde la pobreza partáis vuestro pan, el vuestro, aquel que el Señor os dio en vuestro carisma, que es vuestro servicio, muchos hombres del pueblo podrán llegar a ser hombres y hermanos. El servicio filosófico no necesita una cátedra universitaria para autentificarse y dar fruto. Hemos aprendido muchas veces de la historia que los pensadores que escuchan y reciben del pueblo y del mundo su palabra y la alumbran y la devuelven son los que más hacen vivir. En vuestra familia y en vuestra mesa, entre todos, al tiempo que compartís el trabajo, el dolor y la angustia de los pobres, podréis dar lo que tenéis, hasta vuestros mismos hijos que ya desde el principio sabrán lo que es el servicio y la entrega. Este camino tan modesto, tan poco brillante, donde no hay pedestal ni honores, sino lucha, alegría profunda, pobreza, persecución, amor y mucha paz, es donde la muerte queda vencida por la victoria. Es como una Pascua, donde la muerte se hace vida de otros, de muchos. A muchos parecerá que os perdéis, pero en esta pérdida la comunión de vuestra familia se ahondará hasta el fin, porque el pueblo de los pobres es vuestra familia, y a ellos habéis unido vuestro destino. Faena no os faltará si camináis cerca de Cristo, el desecho del mundo que es la Fuerza y la Sabiduría de Dios.

Así, poco a poco, vamos haciendo el equipo. Cada uno en su puesto, en su servicio. Pero siendo una sola cosa. En estos momentos difíciles de la vida española, sólo un equipo con mucha unión puede hacer una obra eficaz de promoción del pueblo.

Ay, Marcelino. “Un matrimonio en el pueblo que quiere ser fiel a Cristo y a los pobres, conviene que empiece vendiéndolo todo”. ¡Con lo mediocres que somos los humanos! ¡Como si fuera fácil todo eso, ahí es nada! Desde luego, nosotros, en cuanto que matrimonio, sólo cumplíamos —como máximo— el uno por ciento de lo que afirmaba de nosotros Marcelino, o, para mejor decir, lo que en lectura profunda afirmaba y solicitaba simultáneamente de nosotros. Y no sólo esto; del mismo modo iba a mostrarse imposible lograr ese equipo imprescindible para la vida española, así que —dificultad sobre dificultad— el propio Marcelino, tan militante y tan obrerista en aquella época, se vino abajo él mismo, y lo digo por una parte con

admiración porque sólo se viene abajo quien se abaja, y por otra con alivio porque me consuela saber que también Marcelino conoce la fragilidad sin por ello perder la fe, la esperanza, ni la caridad.

Así que tras su larga estancia en Alemania, después de una crisis larga y hondamente sufrida en San Esteban de Zapardiel, su humilde pueblo abulense, nos escribe a Mari Juli y a mí desde el propio San Esteban lo siguiente:

Agradezco de verdad vuestras cartas, que me han dado aliento en los momentos difíciles que he estado pasando. De verdad os he sentido como hermanos, aunque me haya mantenido en silencio. Hay momentos en que el silencio es el único lenguaje. En este desierto se vive también la tentación. Yo no puedo dar un paso atrás en el seguimiento de Jesús, al servicio de los pobres. Pero al verme enfermo, sin fuerzas físicas ni espirituales, he pasado una difícil noche oscura. Me ha sido necesario orar mucho, orar sin interrupción, con las manos vacías y abiertas. A pesar de todo, estoy dispuesto a llegar hasta el final, aunque deje la vida en el camino. Amar ¿no es morir? ¿No decía Jesús que nadie tiene más amor a un amigo que el que da la vida por él? Mi Fuerza y mi esperanza es él. ¿Quién me podrá apartar del amor que él nos ha tenido?”.

Y más tarde, ahora ya desde la estación de ferrocarril de Valladolid, pues Marcelino nunca tuvo coche ni intención de tenerlo, vuelve a dirigirnos una nota fechada en las vísperas de Pentecostés de 1972, diciendo lo que sigue, con ocasión de su destino, a El Cubo de Don Sancho:

Al final de los ejercicios espirituales que he hecho en el monasterio cisterciense de Dueñas, de paso para El Cubo de Don Sancho, os pongo unas letras. He estado orando, como los primeros apóstoles, con María la Madre de Jesús, para abrir las manos y recibir el Espíritu de Amor, que me arrastre hasta dar la vida por los hermanos, pequeños y pobres, que el Padre me dio. Me siento flaco y me tiemblan las piernas para ir al último puesto a servir. No me sale tanto amor de las entrañas. Tengo que suplicarlo.

Desde entonces, quizá porque aún le tiemblan las flacas piernas, continuó este hombre en El Cubo de Don Sancho. A mí al menos me reconforta tanta debilidad.

Tú, la fraternidad misma, enclavada en el madero de nuestra enemistad, allí donde abundó el odio, allí mismo donde sobreabundó y sobreabundará tu misericordiosa fraternidad. Tú, la alegría misma, angustiada en la noche

de nuestra tristeza allí donde abundó la amargura, allí mismo donde sobrea-bundó y sobreabundará tu jubilosa alegría. Eres Tú, la libre libertad, quien abraza, sobrepasa y sobrecoge todas las servidumbres de tu cuerpo misterioso. Eres Tú, la misericordiosa fraternidad, quien entraña, recrea y expropia todos los enfrentamientos de tu esposa amada. Eres Tú, la jubilosa alegría, quien inunda, desborda y arrastra todos los desencantos de tu escondida plenitud. Aleluya. Amén. Aleluya. ¡Y qué maravilla misteriosa donde ella misma, la Iglesia, es el *cuerpo* de Cristo! “Tú, la libertad misma, identificada con la figura de nuestra servidumbre, allí donde abundó la esclavitud, allí mismo donde abundó y sobreabundará tu libre libertad”.

¡Qué maravilla inexpressable la que nos enseñaba Marcelino a quienes mediante la filosofía presumíamos de “tener buena cabeza”, cuando en realidad era la Iglesia el lugar donde misteriosamente Cristo es su *Cabeza*!:

¡Jesús, Cristo, Señor! ¡El Hijo del Amor, el Amado, el Amor mismo! Misericordia grande, inmensa, incontable, incontenible, desbordante. Fidelidad grande, incondicional, interminable, indefectible, desbordante. Desmedida gracia, aparecida corporalmente en este barro enamorado, en esta carne nuestra apasionadamente amada, no tanto todavía como la amas tú, carne casi infinita y delicadamente frágil, ardientemente empeñada en vivir y cada día encaminada a la senda de la muerte, hermana inesperada. Absoluta gracia abajada y crucificada, enaltecida y compartida, cuerpo roto y sangre vertida, que ven estos ojos y palpan estas manos. Derroche en la amenazadora escasez, plenitud en el vacío interminable. Entera novedad en esta nada última, increíble, de la que fuimos capaces. Plenitud del inmenso Padre, que desborda todo en plenitud de gloria con el aliento del Espíritu de su Hijo. Fuego y viento para la travesía. Aleluya. Amén. Aleluya.

Aleluya. Amén. Aleluya, hermano Marcelo, mitad de mi alma. Amén, así es.

II. Euntes, docete

Marcelino Legido fue un autodidacta en filosofía –o más exactamente fue didactizado por la lectura directa de los grandes filósofos a los que amó, pues nadie se enseña a sí mismo–, pero no tuvo a ningún filósofo particular que le enseñara en persona ni a Virgilio alguno que le apartase de los errores infernales que puede llevar consigo la interpretación en cuestiones tan difíciles como las que el pensar reflexivo comporta; sin guía para descarriados, pero

siguiendo el instinto de la luz de su razón encarnada en Cristo, venía mi maestro del Platón leído en griego en la universidad de Salamanca. De ahí bifurcó hacia un personalismo comunitario que en España aún estaba en sus primeros hervores y al que –en su caso– casi podríamos denominar “personalismo *in pectore*”.

En aquel contexto histórico español y salmantino de hace casi sesenta años, mi amado maestro tuvo muy claro lo siguiente:

a) Un concepto *teocéntrico* y *trinitario* de razón. Desde el amor del Padre y del Hijo derramado al mundo en el Espíritu alcanza la persona su propia *autoconciencia reconocitiva*, su verdadera estatura; es a través de la encarnación del Hijo como deviene *sujeto racional* el pueblo de Dios, esto es, Iglesia, comunidad amorosa de los enriquecidos por el amor *compartido* en la mesa del Señor, lo cual significaba *expulsar de la razón a todo lo situado en la órbita del mal*: la insolidaridad, la injusticia, la explotación del pobre por el rico, del oprimido por el opresor, del explotado por el explotador, no cabiendo en consecuencia en este tipo de razón ningún otro horizonte de inteligibilidad otra dialéctica que la de la conversión de las personas en su inteligencia unitotal: *fuerza de la razón, fuerza de conversión, fuerza de revolución*.⁸⁷ La racionalidad práctica no se añadía, pues, a la razón teórica como una eventualidad meramente potestativa, sino como su itinerario obligado: no todo lo real resultaba racional ni asumible, por ser *la injusticia una característica intrínseca de la sinrazón*.

En la coeundia, pues, de conocimiento e interés, optar por la injusticia significaba conculcar la racionalidad o plausibilidad de cualquier sistema argumentativo; puesto que la razón es siempre *razón cálida*. Descontextualizada de su horizonte existencial, pierde su *interés (inter esse)*, su misma

87 Para Marcelino Legido la conversión personal exigía, exige y exigirá la solidaridad con el dolor de los últimos, y en esa medida la actitud de cambio total, revolucionario: “El amor de Jesús, hecho gracia, engendra la conversión. Los hombres no se preparan con sus obras para el encuentro de la acogida; es el encuentro de la acogida lo que les capacita para dejarse acoger. Convertirse es ser encontrado. El Reino se lo regala el Padre únicamente a los pobres y a los pecadores, que han llegado a ser tan pobres, que ni siquiera se quieren justificar y tan sólo esperan el don de quien sabe que les ama. No los justos, sino los pecadores (Mc 2,17); no los sabios, sino los incultos (Mt 11,25). Sólo los que, como niños que, siendo pequeños, desvalidos y egoístas, se dejan querer y acoger (Mt 10,14). Esta ternura de la acogida de los últimos, como único acceso para todos, cumple la vieja esperanza (Ez 34,16; Is 29,19; Sab 3,17) en este instante de gozo indiscifible (Mt 11,25; Lc 10,21). El esfuerzo de los fariseos y el de los zelotes, la integración y la revolución, desconocen la gracia, la única fuente desde donde la tierra puede convertirse en el paraíso, es decir, en mesa compartida de gozo y de alabanza. Por eso Jesús dedica la mayor parte de su tiempo a anunciar el Reino a los pobres, testimoniándolo con la cercanía misericordiosa de su amistad... Los hombres, o renuncian a sí mismos o tienen que abandonar a Jesús. Por eso, en la disyuntiva, prefieren eliminarlo y colgarlo del madero. El Bautista acepta a los pecadores después de que se hayan arrepentido. Jesús, en cambio, ofrece a todos, y sobre todo a los pobres, el perdón y la gracia, antes de que se arrepientan (Lc 19,1-10)”.

trabazón eutectónica fuera de o en contra de la fuerza de la conversión, es decir, al margen de la *encarnación*. Esto sí era una filosofía de la corporalidad, y no las de ahora, por mucho que presuman de formato fenomenológico.

En el sistema especulativo de Marcelino Legido no cabía, pues, ninguna modalidad de filosofía *atea*, en la medida en que cualquier forma de ateísmo (ateísmo que, desde esa óptica, existe también dentro del cristianismo) diera la espalda a la justicia y la paz entre las personas y las instituciones. En la senda del *ordo amoris* (que san Agustín describió maravillosamente como el beso de justicia y paz: *iustitia et pax osculatae sunt*), justicia y paz son condición intrínseca de posibilidad y de pensabilidad de la razón. Aunque en la época en que Marcelino fue profesor de filosofía en la Universidad Civil de Salamanca (muy a comienzos de los años sesenta), las disputas en torno al ateísmo se daban agónica y antagónicamente en el horizonte de la física y de la biología, es decir, en el ámbito de la racionalidad “científica”, aquel joven profesor se mantenía un poco al margen de las mismas. El fuerte de Marcelino no era la teoría de la ciencia ni la epistemología, ni se interesó a fondo por las disputas cosmológicas en orden a la existencia de Dios, pues situaba el ateísmo sobre todo en el terreno de las injustas e inmorales relaciones interpersonales (es decir, en el terreno de la más dura *teodicea*). A favor de Marcelino hay que decir que en nuestros días aquellas diatribas “técnicas” en torno a la existencia de un Creador de la creación han perdido parte de su virulencia sin que pueda decirse lo mismo de la indecencia de las relaciones sociales que asolan el mundo, ateísmo de la inmoralidad que se ha agigantado en forma de pecado estructural, aquella *amartía cosmou* ya denunciada por el que siempre fuera maestro y referencia de Marcelino, Pablo de Tarso. En resumen, la racionalidad de Marcelino Legido fue *paulina*, antes incluso de realizar su propia tesis doctoral sobre san Pablo.

b) Como se desprende de lo dicho, el profesor abulense en Salamanca había de situarse en el horizonte de *las orientaciones filosóficas humanistas*, de un humanismo no burgués o, lo que es lo mismo, desde el horizonte del *personalismo comunitario militante*, y en esa medida no es de extrañar que, frente al rancio y casoso materialismo dialéctico que caracterizaba a la sazón al manido dogma de fe de los marxistas-leninistas de la época, Marcelino saludara con atención y esperanza la aparición de los *Manuscritos del 1844* del joven Marx, en torno a cuyo supuesto humanismo se abrió una gran polémica académica y muchas otras expectativas, ya que nuestro maestro buscaba siempre salvar lo positivo de los sistemas, sobre todo te-

niendo en cuenta que los militantes comunistas se hallaban a veces más cercanos a la búsqueda de la justicia que el sedicente capitalismo “católico”, al que resultaba tan abrumadoramente afecto el régimen nacional-católico del franquismo, que además no se reprimía al reprimir cualquier forma de disidencia doctrinal.⁸⁸ Y en esto, aunque entonces yo no lo supiera todavía, adoptaba la misma posición que Emmanuel Mounier. Para nuestro maestro, cualquier filosofía que luchase por la justicia, aunque albergase pretensiones ateas como las del arrogante marxismo-leninismo, resultaba un poco menos “atea” que las oscurantistas confesionalmente católicas. Lamentablemente, los célebres *Manuscritos* no fueron más que un espejismo academicista y el marxismo tampoco logró salvarse de los propios demonios que lo ahogaron irremisiblemente desde su propio interior.⁸⁹ Si alguien se atribuye el mérito de la lluvia, no debe extrañarse de que luego sus adversarios le hagan culpable de la sequía.

Sea como fuere, durante su estancia en Alemania, aquel intento de buscar la racionalidad encarnada en los pobres llevó a Marcelino a tomar al movimiento obrero como verdadero sujeto histórico y auténtico paradigma de *racionalidad militante*, algo en lo que se equivocó gravemente a tenor de la evolución de aquella clase obrera emigrante que a su regreso a España se integraba con uñas y dientes en el capitalismo franquista, alistándose incluso en las filas de la policía represora (los “grises”) que, porra en mano, se encargaba de disolver cualquier conato de protesta popular por la justicia. Y lo peor era que algunos de estos conversos reconvertidos en policías, que ahora salvaguardaban el desorden establecido por el aberrante régimen franquista, habían sido discípulos de Marcelino en Alemania y aprendido a leer la realidad social con él día tras día. Como dijera Erasmo, *dulce bellum inexpertis*, dulce es la guerra para quienes no la han vivido, pero ya en la guerra nadie es de hierro, y Marcelino, a pesar de su talento y de su fe, acusaba golpe tras golpe las defecciones de aquellos en quienes había cifrado de algún modo la promoción de la utopía de un cielo nuevo y un nueva tierra, una nueva creación. Desde luego, el pesimista se queja del viento, el optimista espera que cambie y el realista ajusta las velas; desde luego, también el que domina a los otros es fuerte y

88 Cfr. Díaz, C: *España canto y llanto. Historia del movimiento obrero con la Iglesia al fondo* (Madrid, Ed. ACC, 1996).

89 Baste como botón de muestra el caso de uno de los supuestamente discípulos de Marcelino y compañero nuestro de estudios y de beca de la Fundación Oriol-Urquijo en Alemania, Fernando Quesada, que tras “estudiar” largos años el “humanismo positivo” de Marx, no sólo dio la espalda a ese humanismo posible, sino a todo humanismo real, deviniendo como la inmensa mayoría de los alevines que pululábamos en torno a nuestro maestro un vulgar burgués con ínfulas académicas. Marcelino fue, en la realidad de las cosas, un sarampión juvenil para cuantos le rodearon, con muy raras excepciones.

el que se domina a sí mismo es poderoso, pero, así como ninguna de las encinas de la tierra de Marcelino se derrumba al primer hachazo, y una gotera constante quiebra la peña más dura, quién sabe si su primer regreso de Alemania, hundido físicamente y deprimido como nunca se le había visto, no se debió –en parte, al menos– a este abandono y a esta soledad tan cercanas a la pasión del Señor. La historia se había vaciado de sujeto histórico, y el asalto a la razón comenzaba a vislumbrarse cada vez más lejos de algún Demiurgo platónico capaz de poner orden en el barro de la realidad.⁹⁰

c) Por cuanto antecede, la *racionalidad marceliana* no podía ser una mera virtud dianoética transversal, en tanto en cuanto se hallaba transida por el *ordo amoris*, según el cual no se ama sólo para ser felices; se ama simplemente para ser, y se es sencillamente para amar. De ahí su asiduo trato (¿lucha interna incluso?)⁹¹ con don Miguel de Unamuno, quien le fascinaba y a quien nos iniciaba a sus discípulos en una casi buhardilla del Palacio de Anaya en la Universidad de Salamanca. En esa medida, por ósmosis o por connaturalidad, yo mismo tuve la osadía de redactar y publicar en la recién inaugurada revista del Colegio Mayor de San Bartolomé en que residía mientras estudiaba mi segundo curso de filosofía —con la firma de *Péponza*, aoristo de *pasjo*: el que ha sufrido—, mi primer artículo sobre el existencialismo del “preunamuniano” Sören Kierkegaard, ¡cómo me hubiera gustado conservarlo! Kierkegaard, Unamuno, y otros filósofos de la luz, como ellos, fascinaban a mi maestro tanto como le “desfascinaban” los regurgitados filósofos escolásticos de la España católica.

En efecto, el *santo santotomismo* (*tó mismo tó mismo*) tenía que resultar demasiado gris para la gente con redaños filosóficos. Recuerdo el nombre de un inteligente catedrático de filosofía de un instituto salmantino santanderino muy amigo de Marcelino, Paco Susinos —quien murió muy joven atenazado por el cáncer—, con el cual comentaba un día a orillas del Tormes, ante mi pobre presencia de alumno incipiente, que resultaba facilísimo explicar en latín la plúmbea terminología escolástica pues, una vez puesta en movimiento la máquina de aventar la parva de aquella fraseología, el resto se desplazaba inercial y mecánicamente. No es de extrañar que a mi maestro le doliesen –por decencia espiritual, di-

90 Ignoramos hasta dónde hubiera podido seguir el “profesor Legido” como helenista, pues antes de bifurcar hacia la filosofía (a su vez antes de bifurcar a la teología) había publicado *El problema de Dios en Platón. La teología del demiurgo* (Madrid, CSIC, 1963) y *Bien, Dios y hombre. Estudios sobre el pensamiento griego* (Universidad de Salamanca, Salamanca, 1964).

91 M. Legido, “El hombre de carne y hueso. Estudio sobre la antropología de don Miguel de Unamuno” En *Unamuno a los cien años* (Salamanca, Universidad de Salamanca, 1967).

gámoslo así- las sucias campañas orquestadas desde la universidad hispana contra don Miguel Unamuno por aquellos “próceres” de la maledicencia oficial, santurrones de racionalidad perezosa, lo mismo que le dolían las acusaciones contra Ortega y Gasset por parte de las mismas catervas y cavernas. Sospecho, por mi parte, que el antiorteguismo académico de la tenebrante España también le dolía, aunque menos desde dentro, pues el teórico raciovitalismo orteguiano resultaba demasiado frío y tenía más de perspectivismo que de vitalismo. En cualquier caso, resultaba más académico que cercano al pueblo, sin llegar a dar el salto del “yo soy yo y mis circunstancias”, circunstancias que al fin y al cabo no pasaban de ser extensiones del yo al “yo soy yo y mis circunstancias”, o sea, al “yo soy yo-y-tú-y-nosotros-y-todos” unamuniano.⁹² En cualquier caso, y en aquel ambiente en el que los estudiantes salmantinos de la vecina Facultad de derecho se burlaban de nosotros llamándonos “inquietos” y “existencialistas” a los estudiantes de Filosofía y *letras* (aún no existía la sección de filosofía “pura”), incluso Ortega hubo de parecerle a Marcelino un poco ahogado en la tristeza de la inmanencia sin aurora, incapaz de ver a Dios, por mucho que se tratase de un “Dios a la vista”. Osaré musitar, pues, que Marcelino se hallaba más cercano al por entonces denominado *existencialismo cristiano* que al existencialismo sartriano.⁹³

d) Si tuviéramos que decantarnos por aventurar alguna línea concreta en la que hubiera podido encuadrarse el pensamiento de Marcelino, habría sido en la dirección del *personalismo dialógico personalista y comunitario*.⁹⁴ Como escribiera un catedrático tan inteligente como *integuerrimo*, Leopoldo Eugenio Palacios -luego también profesor mío en la Univer-

92 Tengo al menos la alegría de haberlo intentado en mi libro en cuatro volúmenes *Soy amado luego existo* (Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer), y en obras posteriores, con el sesgo ulterior del “me dueles, luego eres importante para mí”. Ver: Carlos Díaz, *Tu rostro me duele, es, luego eres importante para mí* (Editorial Mounier, Madrid, 1916), y *Sentimiento y esperanza se besan* (Guatemala, Editorial Sinergia, 2017).

En mi caso uno de los daños colaterales del clima espiritual de la nueva Europa, y especialmente de la vieja España, como venimos exponiendo, ha sido, después del pasado ninguneo, la presente indiferencia glacial de las editoriales españolas por mi obra, en su último tramo casi totalmente desconocida en este país, que últimamente se ve forzada a aparecer como puede y a duras penas en editoriales marginadas y casi inexistentes de Latinoamérica, cuando no financiadas por mí mismo. La victoria tiene muchas madres y la derrota es huérfana. Discúlpeseme la jeremiada.

93 Carlos Díaz, *Mi encuentro con el personalismo comunitario* (Madrid, Editorial Mounier, 2004).

94 Con todos los márgenes de imprecisión que se quiera aventurar, y de haberse dedicado Marcelino a la filosofía, tal vez hubiera podido situarse con mil matices en la línea en que se movieron los jesuitas José Manzana, Manuel Cabada y otros, especialmente el pionero e ignoto en España Josep María Coll. Cfr. sus cuatro excelentes libros publicados en Editorial Mounier: *La relación interpersonal* (2010); *El personalismo dialógico* (2011); *La teología y la filosofía a la búsqueda de su unidad* (2012); *¿Intersubjetividad o interpersonalidad?* (2013).

sidad Complutense de Madrid, cuando hacia allá me trasladé desde Salamanca para continuar los estudios de filosofía “pura”-

hasta que Charles De Koninck publicó su libro *De la primacía del bien común contra los personalistas*, se creía en la mayor parte de los medios intelectuales cristianos disidentes que el personalismo era la fórmula política definitivamente inventada contra el totalitarismo fascista o comunista. Al personalismo pertenecían, entre otros, el pensador ruso Nikolái Berdiáyev y el filósofo francés Jacques Maritain; también eran y son personalistas los escritores que redactaban con Emmanuel Mounier la revista *Esprit*. Pero llegó este libro, y los más inteligentes se dieron cuenta de que su poderosa dialéctica venía a deshacer un error, temible ya por lo extendido y arraigado: la idea de que hablando de la dignidad de la persona humana se estaba en un reducto seguro para salvar la primacía de lo espiritual contra las injerencias del poder civil. Esa primacía de lo espiritual era la realidad más preciada por el cristianismo desde sus luchas contra el Imperio romano. La obra de Charles De Koninck ponía las cosas en su punto. Hacía ver que Dios es el bien común de la persona, al que ésta se ordena en calidad de parte; que el universo creado constituye también un bien común intrínseco y superior al de sus partes, entre las que se encuentran las personas humanas, aunque éstas estén además destinadas directamente a Dios, y que, en fin, descendiendo al orden político, el bien común entendido rectamente no es un bien ajeno, erigido como un ser singular que domina a los restantes, sino el mejor bien de las partes que de él participan; de suerte que el personalismo, al negar la ordenación de la persona al bien común entendido como es debido, lo que hace en realidad es engendrar el totalitarismo. Así veía De Koninck el veneno allí donde otros sólo veían la triaca... Los personalistas están, en el fondo, de acuerdo con aquellos cuyos errores pretenden combatir. Al individualismo oponen y recomiendan la generosidad de la persona y una fraternidad ajena a todo bien común. No se dan cuenta de que la generosidad de la persona sólo puede ser fruto de la entrega al bien común, pues la persona que trabaja y actúa únicamente para su bien personal carece de generosidad... El pecado de los ángeles fue un error prácticamente personalista: prefirieron la dignidad de su propia persona a la dignidad que les advendría en la subordinación a un bien superior, pero común en su superioridad misma. La herejía pelagiana, dice Juan de Santo Tomás, puede ser considerada como un destello del pecado de los ángeles. Nosotros creemos que el personalismo moderno no es más que un des-

tello de este destello, teoréticamente todavía más débil... Juzgamos esta doctrina peligrosa en extremo.⁹⁵

A pesar de que nadie debería cometer la misma tontería dos veces, pues la elección es suficientemente amplia, hombre tan fino e inteligente decía cosas semejantes, las exigidas por la época y repetidas ferozmente por los más toscos, que eran legión, por supuesto legión de ángeles, pues no bastando siquiera santo Tomás, el bueno de Juan de Santo Tomás había dicho reduplicativamente que “aferrándose a su propia dignidad, los ángeles caídos han apetecido la singularidad, que es lo más propio de los soberbios”. Y más y más, otro Tomás. De aquel clima desgraciado y miserable especulativamente, que hoy causa sonrojo y en el cual me tocó vivir y estudiar, sólo podía sacarme un maestro como Marcelino Legido, cuyo extenso artículo sobre esta cuestión no conservo y del que ni siquiera recuerdo el título exacto del mismo —lo lamento muchísimo—. Desgraciadamente, semejante clima siguió siendo el mismo de siempre en la España cainita, aunque de signo contrario, tras la sustitución del escolasticismo por la neoescolástica marxista, que en paz descansa, y luego de impugnado del mismo modo que ella había sido impugnada, sólo que ahora no angélica sino demoniacamente,⁹⁶ pues quien a tosquedad mata, a tosquedad muere. Y dado que quien no se consuela es porque no quiere, el consuelo de aquel marxismo fosilizado consistió en mantener la esperanza de ir de derrota en derrota hasta la dialéctica victoria final, pues no muere el camarada Vladimir Ilich Uliánov, antes al contrario en él alcanza su victoria la “humanidad del género” —¿a qué me suena esto del género?— para que el falso mártir muera creyendo que su reino comienza. Pero el tirano muere y su reino termina: aviso para todos los navegantes.

Aunque nuestro maestro no publicó apenas sobre cuestiones directamente filosóficas, su personalismo se manifestaba claramente en su admiración por Xavier Zubiri, al que dedicó un artículo muy sistemáticamente pensado y analíticamente (más que críticamente) expuesto;⁹⁷ también en un artículo de alta divulgación.⁹⁸ Tanto estas reflexiones marcelianas sobre

95 L.E. Palacios, “Prólogo al libro de Charles de Konick”. *De la primacía del bien común contra los personalistas* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952) pp. 7-14.

96 Carlos Díaz, *Memoria y deseo. Oficio de enseñar y pasión por el hombre* (Santander, Ed. Sal Terrae, 1983); también mi propia autobiografía (redactada a petición de la Editorial San Pablo). *Para venir a serlo todo* (Madrid, Ed. Paulinas, 1995). ¿A quién podría extrañar que también yo estuviese a punto de volverme literalmente loco, si es que no lo estoy de alguna manera?

97 M. Legido, “La meditación sobre la esencia de Xavier Zubiri” *Salmanticensis* (Salamanca, Universidad de Salamanca, 1963).

98 M. Legido, “Zubiri y la hondura de la realidad”, *La estafeta literaria* (Madrid, 261, 1963) pp. 18-20.

la filosofía zubiriana como sobre las helenísticas han carecido hasta hoy de analistas, ni buenos ni malos. Tampoco yo la hice; ni siquiera pude seguir su oposición a cátedra de filosofía a Universidad, misma que estuvo a punto de obtener: algo que no sucedió por la composición el tribunal y por la absoluta ausencia de padrinos por parte de Marcelino. Me parece que, desgraciadamente, sería imposible reconstruir aquel episodio a estas alturas, bien que lo lamento hoy.

e) Nadie más entusiásticamente que Legido hubiera coreado aquello de que todo pensamiento que no se decapita desemboca en la trascendencia, añadiendo quizá que toda trascendencia que no se decapita se encarna en razón cálida; eso a lo que nos habíamos referido atrás como *ordo amoris*. Y esto se hacía traslúcido, transparente incluso, en su vocación magisterial, conforme al título (aunque no al contenido) de la obra de Unamuno *Amor y pedagogía*. Todos los alumnos de Marcelino coinciden en que fue su mejor profesor, con mucho; para algunos, al menos para mí, el gran maestro. Yo iba para helenista y terminé filósofo; la primera, admiración y profesión la segunda que, gracias a él, me han acompañado hasta hoy y para siempre.

Resultaba imposible no querer a Marcelino. ¿Cómo ignorar su testimonio, su solicitud unipersonal, su asombrosa coherencia, su radiante y luminosa biografía, su alegría entrañada en su *miser cordia entrañable*, su dedicación ejemplar a la lectura y al estudio de los grandes filósofos en sus textos originales sin mediaciones de traductores ni de intérpretes, su filosofar a pelo y a capela, su enseñanza polivalente gracias a la cual no sólo se aprendía a filosofar, sino también a degustar las lenguas clásicas, los horizontes de ultimidad y la proximidad del mundo en espera? Nadie ha hablado nunca mal de este hombre bueno. No he conocido aún a ninguna persona que hubiera podido ser tan miserable, que se me pegue la lengua al paladar si digo en falso. Nada de pedantería, de concesión a moda alguna, ni una sola mirada subrepticia al Boletín Oficial del Estado. Con aquel maestro, un poco como el maestro Mansueto, el padre de Leonardo Boff, se abría la filosofía a cualquier forastero que pasara por allí, como antes lo hicieran Sócrates o Pitágoras; más aún, Marcelino plantaba el tabernáculo y la tienda de campaña educativa entre los menos cultivados, entre los analfabetos mismos, entre los más desgraciados, entre los pobres más pobres, y por todos se hacía entender maravillosamente.

He sido privilegiado testigo de cuanto ahora escribo tanto entre los obreros españoles menos cualificados en Alemania como en El Cubo de don Sancho, entre cabreros, gentes simples analfabetas. Marcelino Legido

fue, en suma, la antítesis del analfabetismo academista, el cual pone el alfa de la teoría sin la beta de la práctica, alfa sin beta y contra beta, analfabeta en consecuencia. Su cátedra ambulante se asemejaba a un pinpanpún de feria pues, con él, el de los pies polvorientos, iba y venía a todos los lugares dentro de su famosa e inseparable carrier, la mitad de su personalidad exterior —Marcelino era un hombre pegado a su mochila—, siendo la otra mitad su boina, su jersey mil veces recosido y su pantalón atado con una rústica cuerda. Yendo así con su ancha sonrisa de todos al Todo, sin querer ser algo en nada, Marcelino devenía alguien, *quomodo omnia*, y así lo fue en las horas de luz y en las de noche oscura, siempre —como mi admirado Emmanuel Mounier— un testimonio luminoso, ambos a la luz de quien en principio fue Luz para ambos.

Ahora bien, ni las lenguas clásicas, ni la filosofía, ni la teología hubieran podido ser para este maestro fines en sí mismas, sino la historia de la humana salvación, *luz de las gentes* gritada *con gozo y esperanza* por las aulas, por las fábricas, por los pueblos y por los campos, e incluso por el desierto exterior e interior, aunque fuese profética *phoné en eremó* voz en el desierto.

f) Debería ir concluyendo antes de comenzar a llorar. Bien. Acabo de regresar de México, trayendo en mi maleta los últimos dos tomos que aún quedaban en el último rincón de la librería religiosa Clavería de su *Evangelio a los pobres*. Olvidados y cubiertos de polvo, a precio de saldo y resaldados a su vez varias veces, ya no los soltaré más, aunque me sigan produciendo mucho miedo:

El Padre que os ama quiere reuniros a la misma mesa para que compartáis su amor con el Hijo siendo hijos y hermanos, rotas todas las diferencias. Esta familia es para sentarse a la mesa a compartir (*Lumen Gentium*) y convertir el universo en mesa común (*Gaudium et Spes*). Lo escandaloso es que esta mesa compartida es **únicamente para los pobres**.⁹⁹ (...) Los ricos, pobres también por estar cerrados al amor y ser los causantes de la opresión y la marginación, son también amados. Pero si quieren sentarse a la mesa tienen que hacerse pobres sociológicos y, por eso, son invitados por el Señor a despojarse de todo y dárselo a los pobres. No pueden de ninguna manera estar sentados en mesas bien servidas y, al mismo tiempo, en la mesa del Reino. Por eso a todos los ricos de corazón, y a los ricos de corazón y de dinero, se les invita a

99 M. Legido, *Evangelio a los pobres*. Vol. II. (Salamanca, Editorial Sígueme, 1987) p. 125.

una alternativa. No podréis servir a Dios y al dinero (Mat 6, 24). Si los pobres para sentarse a la mesa han de ser pobres de corazón y ponerse a servir con el Siervo, los ricos han de convertirse en pobres del Señor y ponerse a servir. La opción por los pobres no es como la opción de clase, estos sí y estos no, sino todos libremente compartiendo lo que se tiene, uno tendrá que bajar un escalón y otro dos. Ahora entendemos que el Reino es sólo para los pobres. El reino es la familia de hermanos reunida en torno a la mesa compartida. Esta mesa que irrumpe en el mundo como una nueva creación, donde todo se hace posible desde el Señor de lo imposible, desde su misericordia entrañable. Su amor, que es su justicia, lo hace todo de nuevo.¹⁰⁰

Esto es, dicho por Marcelino, lo que sin tapujos le enseñó antes a él nuestro Señor Jesucristo. Al recordarte hoy, Marcelo, vuelvo a comprender lo que es un maestro: alguien que te hace caer en la cuenta de lo mucho que te has desviado desde que no le ves. No sé cómo he sobrevivido, querido Marcelo, maestro amado, hermano, amigo, a tanta hipocresía en mí por no llevarlo a cabo, y a tanta inmundicia fuera de mí por denunciarlo en un mundo en el cual repito a los demás esto mismo mientras se burlan de mí, pobre payaso, con su aplauso. Desde que te conocí, Marcelo, hace ya tantos eones, arrastro una existencia mediocre como persona y, por lo dicho, y en esa misma medida, como filósofo. Y no viéndome capaz de superarlo, espero que te equivoques, maestro amado, y que el amor de Dios y su justicia sobrepasen toda medida, incluso la medida de su divina medida, porque –como dijera en uno de sus comentarios a los Salmos san Agustín– “si miras nuestros pecados, Señor, ¿quién señor subsistiría?”. Filósofo al cabo como sin ti no hubiera podido serlo, y no pudiendo dejar de serlo, permíteme, maestro amado, que termine mi pobre reflexión sobre tu rica filosofía, cual corresponde, a saber, con una pregunta escatológica: ¿Qué te ha dicho el Señor, ahora que le has visto cara a cara, de todo lo que escribiste? ¿Hay acaso algún pequeño lugar para nosotros en su Escuela, siquiera como acusmáticos indignos de verle en su realísima presencia?

En fin, maestro amado, sólo me queda ya repetir con Shakespeare que “conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar”. Y eso, sinceramente, resulta para mí, lisa y llanamente, imposible.

100 M. Legido, *Evangelio a los pobres*. Vol. II. (Salamanca, Editorial Sígueme, 1987) p. 131.

